

La hora

Ethel Krauze

Llegó la hora
en que la mariposa
se posará en su sombra.
Sus alas fijas: desgarradura del aire.

Desde la bruma venidera
adivino la negra boca de la tierra
abriéndose
en su último grito.

No pestañees, amor,
contempla cómo es el mundo:
cómo era.

El mundo
era
una moneda al sol,
y se acabó,
como la rama del cilantro
en el aroma de la tarde.

Y se acabó.
El mundo era una rosa
del tamaño de un toro,
un espejo
por donde no pasan sombras.

Era un ojo de tiburón
agudo y presto,
un abanico partido
sobre la frente amada.

El mundo era
una zapatilla en punta,
un sombrero de fieltro
almidonado.

Era tu boca tierna
y mi mano en tu pecho.

Antes de que acabara,
era un lucero
y una hormiga;
y mi corazón
a punto del fuego.

Antes de aquella hora
la luna llevaba un ritmo de torero
en el vestido negro del firmamento.
Había casas y había lagunas.
Nubes que caminaban en la punta del agua.

Ya no.
Las canoas no cantan.
Se ha acabado el mundo, por eso.
Mis dedos no se enredan en tu pelo ni en la yedra que languidece en la pared.
La hora se ha llevado en el calendario
los meses
y los años
que aún teníamos prometidos.

Por un segundo siquiera, yo daría mi cuenco de arroz
la primogenitura
y mi porvenir.
No mi piel, no mi conciencia, no mis ojos, no mi corazón.
Sin ellos, ¿cómo podría saber que estás ahí?,
¿cómo habría de desfallecer en el centro de tu cuerpo?

Deseo que el mundo se acabe en la ojiva
que pace entre tus muslos.
Que se acabe el tiempo de la esperanza,
que se acabe la memoria de los muertos,
¿para qué los quiero, si ya estaría en el cielo?

Un horror
se me delata en la garganta.
El aire se ha vuelto hueco,
y las cosas pierden peso.
No atino a despertar.

El mundo era un alfiler
prendido a tus ojos negros,
un siseo, una espera.
Y ahora es un puente roto
y una bufanda tirada al pie de la escalera.

Es un horror el mundo:
un agujero que lleva a ninguna parte,
un pasador abandonado en la superficie polvorienta del tocador.